

¡OH! EL TEATRO

7.000 GALLINAS Y UN CAMELLO

AUTOR DEL TEXTO, MONTAJE Y ESPACIO
ESCENICO: JESUS CAMPOS GARCIA,
PREMIO «LOPE DE VEGA»
Teatro: MARIA GUERRERO

CONSIDERACIONES PREVIAS

ME siento obligado a decir, para dar un cierto testimonio de mí —como se dice ahora— fiabilidad, que en el par de «tests» de inteligencia que en mi vida me he sometido he logrado un IQ que bordeaba los 150 (estando entre 100-120 la normalidad). Tengo también que manifestar que he visto, de mejor o peor gana, unos cuantos centenares de obras de teatro y las he entendido, en mayor o menor medida, todas. Con esto pretendo simplemente significar que no debo de ser un caso excepcional de estupidez. Dejada constancia de esto, paso a comunicarles que no entendí en absoluto el principio ni el final de la función que me ocupa.

Emplea la obra en una sala de concierto que, poco a poco, va llenándose de músicos hasta un total, según pude contar, de veintuno. Además de los músicos hay un maniquí (como los de Galerías o El Corte Inglés) vestido de smoking y sentado de escorzo al público. Entre los músicos hay unos que van normales y otros no. Entre estos últimos figura uno maquillado con mucho colorete, otro con pinta, supongo, de hombre lobo; otro que va de monstruo de Frankenstein (éste no tiene instrumento musical), y uno con alas y halo de ángel. También hay una chica vestida de sirena, me olvidaba.

¿Por qué todo esto?

N.P.I. Pero aquí no terminan los detalles intrigantes. Luego sale el director, con un tobillo amarrado a una cuerda que llega hasta la parte alta del escenario, y se pone a dirigir. Los músicos interpretan «La primavera» de «Las cuatro estaciones» vivaldianas. Y, de pronto, tiran de la cuerda, el director sale jalando para el techo del teatro, todos los músicos se van de naja llevándose las sillas, se recorren los escenarios de los profesores y nos encontramos en una granja avícola.

Al final vuelven a salir los músicos, pero en plan progre, o sea, sin corbata unos, y otros en vaqueros, y un grupo rock (formado por los que al principio iban disfrazados) toca «La primavera» en plan «moenno» y todos la corean, aparentemente contentos.

Para mí todo esto es, o bien un arcano, o bien una extravagancia, o bien una simple majadería.

LA OBRA EN SI

Juan es un hombre que tiene una granja avícola (todo el fondo del decorado está ocupado por una pared de jaulas llenas de gallinas vivas que deben crear al personal del teatro muchos más problemas de los que su eficacia como elemento dramático justifica), al que le gustaría comprarse un camello, que no se acuesta con su mujer (esto

se dice de pasada, pero debe de tener su importancia), pero sí lo hace con otra moza.

Naturalmente, todo son símbolos. Las enjauladas gallinas simbolizan la vida sistematizada, mediocre y carente de libertad y fantasía. En cuanto al camello, pues simboliza todo lo contrario, aunque a mí personalmente la cosa me choca bastante, porque no se me ocurre bicho con más pinta de oficinista aburrido que un camello.

Me olvidaba decir que el maniquí mencionado al principio continúa en escena toda la obra, simbolizando también algo, probablemente.

Digo yo que la función entenderá ser un canto a la libertad, ya que no lo es, evidentemente, a las granjas avícolas. Pero todo lo que ocurre está tan visto y tan oído y es tan poco interesante que flaco servicio se hace a la libertad con homenajes así.

Hay cosas que, sin dejar de aburrir, desconciertan. A mitad de función, por ejemplo, en un determinado momento se encienden todas las luces del teatro, sin que la cosa guarde mucha relación tangible con lo que en escena se hace y se dice. El efecto es un corte más que discreto, porque uno ya se ve en el anhelado entreacto fumando un no menos anhelado pitillo. Pero no: las luces se vuelven a apagar y se ha tratado de un simple mosqueo. En otro momento se recurre al novísimo truco de los flashes intermitentes, ese efecto que tan poco hace por la salud oftalmológica del personal.

EL PREMIO

Ignoro qué criterios rigen la concesión del Premio «Lope de Vega», pero el único que se me ocurre para que «7.000 gallinas y un camello» lo haya ganado es el simple y puro sorteo.

El señor Campos García es un autor nuevo, aunque, según el programa de mano, tiene otras once obras escritas (otras tantas espadas de Damaoclas sobre el sufrido teatro español). Será nuevo, pero no aporta ninguna novedad, ninguna originalidad... o sí, por ejemplo, escribir —en el programa— su biografía sin puntos ortográficos y poniendo únicamente los cierres de los signos de admiración e interrogación. También dice que prepara una obra titulada «Sábado, sábado, sábado, sábado, sábado, sábado, sábado, sábado, eternamente sábado para cazar». Sin que se sepa exactamente dónde, el señor Campos parece encontrarse en un terreno situado alrededor del rebuscamiento y la pedantería. Su pretendida omnisciencia teatral le ha hecho, además, responsabilizarse de todo: texto, montaje y espacio escénico. Muy bien, pues todo lo hace bastante mal. Dialoga con cierta soltura, pero esto únicamente sería meritario si los personajes dijeran algo más que vacuidades.

ORQUI



Nº 1768, 9 de mayo de 1976